

los desórdenes del Egipto; cuando se enemistó con Craso, á cuya oposicion atribuyó el éxito relativamente pobre obtenido en la cuestion de los granos, los republicanos se envanecieron de un modo extraordinario. Las elecciones para el cargo mas importante del año 56 fueron favorables á los enemigos de los triunviros, y entonces el partido republicano, en cuyas filas militaba Ciceron, se aprestó, en abril de dicho año, á atacar las leyes consulares de César, relativas á la distribucion de las tierras de la Campania, que debía ser anulada, segun el grande orador, por no haberse dictado con todas las formalidades necesarias.

VIII.—CONFERENCIA EN LUCA. CHIPRE. EGIPTO

Entonces César intervino rápida y enérgicamente: enterado minuciosamente por sus muchos agentes de los sucesos de que era teatro la capital, celebró en la segunda mitad de abril del año 56 una importantísima conferencia en Luca con Pompeyo y Craso, á la cual tambien asistieron los mas notables partidarios de los triunviros, así los que entonces desempeñaban cargos públicos, como los que eran simplemente senadores. En Luca se reanudó la alianza de los tres gobernantes, reconciliándose Pompeyo con Craso, y encontrándose una nueva base de poder para aquellos tres grandes hombres de Estado. Craso y Pompeyo debían ser elegidos cónsules para el año 55, y una vez terminado su cargo, debían recibir del pueblo, Craso el mando de la Siria y Pompeyo el de las dos provincias hispánicas, por espacio de cinco años, con las correspondientes dotaciones militares y pecuniarias. César, concluido su primer quinquenio, que terminaba á fines de febrero del año 54, recibiría el mando de la Galia por otros nuevos cinco años, es decir hasta el 49, y luego sería nombrado cónsul para el año 48. Sus legiones, además, podrían ser aumentadas hasta el número de diez, y las tropas que por su propia cuenta había reclutado habrían de ser pagadas de fondos del Estado. En cuanto á Clodio, César le intimó enérgicamente que en adelante no molestara en lo mas pequeño á Pompeyo.

El restablecimiento de la alianza de los triunviros dió los frutos esperados, pues el partido senatorial de Roma vióse pronto desarmado; así es que el Senado no opuso resistencia alguna á las pretensiones de César de que sus nuevas legiones corriesen de cuenta del tesoro público. Suspendiéronse tambien los ataques contra las leyes de César, y el mismo Ciceron vióse en la posicion crítica de hacer, no sin sufrir algunas humillaciones, las paces con los grandes gobernantes. Todo cuanto se había decidido en Luca se llevó á efecto, á excepcion de la última exigencia de César. Los triunviros que hicieron sancionar sus principales acuerdos por el pueblo, valiéndose de la autoridad de algunos de sus instrumentos que ejercían el tribunado, fueron usurpando paulatinamente la autoridad militar y de alta política del Senado. La enérgica oposicion que á ellos y á su influencia hizo en el año 56 Caton, al regresar de Oriente, no produjo, durante muchos años, resultado alguno. Esto no obstante, dada la opinion de una parte importante del pueblo itálico, no era fácil hacer prevalecer en la política interior, la voluntad de los triunviros, y hubo que repartir cuantiosas sumas y apelar á la violencia para vencer en las elecciones á la oposicion republicana. Pompeyo y Craso solo pudieron conseguir ser nombrados cónsules para el año 55 empleando los medios de fuerza, á consecuencia de los cuales fué herido el mismo Caton. La eleccion de Caton para la pretura fué anulada, y la concesion por cinco años de las provincias hispánicas á Pompeyo y de Siria á Craso, así como la próroga concedida á César en el mando de la Galia, cosas todas pro-

puestas por el tribuno de la plebe Cayo Trebonio, fueron aprobadas por el pueblo solo por haberse hecho materialmente imposible el veto de los demás tribunos.

Poco á poco fué simplificándose entonces la cuestion del tiempo que podría durar la situacion de los triunviros en Roma y unos respecto de otros, contribuyendo poderosamente á ello una catástrofe militar cuyas consecuencias, desastrosas para el Estado, no pudieron destruirse hasta principios del siglo segundo de la era cristiana. A Pompeyo y á Craso, las decisiones de los años 56 y 55 habían dado el derecho de reclutar á su antojo tropas para su provincia, y de emprender á su capricho la guerra en los territorios á ellos confiados; pero mientras Pompeyo se estableció en Roma y dejó la España bajo la administracion de sus legados, Craso, ya entrado en años, quiso conquistar aun mayores riquezas, poder y fama, dedicándose á nuevas y brillantes aventuras, y en el estado en que entonces se encontraba el mundo, no podía conseguir su objeto mas que en el Oriente.

Desde que Pompeyo regresó de aquellas apartadas comarcas, habían cambiado las cosas notablemente en muchos puntos. El príncipe judío Aristóbulo, que había huido nuevamente de Roma, y su hijo Alejandro, habían promovido, durante el proconsulado de Aulo Gabinio, aquel pompeyano que desde el año 57 al 54 se había distinguido tanto como tribuno y como soldado, tres sublevaciones contra el gobierno de su hermano Hircano, el cual había conseguido dominarlas por completo. Aristóbulo volvió otra vez á Roma como prisionero, el territorio judío fué castigado con pesados tributos y el poder temporal del sumo sacerdocio quedó considerablemente limitado. Otra fué la conducta que los gobernantes romanos observaron para con los Tolomeos. El rey egipcio Tolomeo Auletes prometió, en el año 59, entregar á los nuevos gobernantes romanos la enorme suma de 6,000 talentos, cantidad que hasta entonces no se había hecho nunca efectiva, á cambio de que el Estado romano le reconociera como rey, habiéndose ya conseguido, durante el consulado de César, una decision popular en este sentido. El rencor personal que el tribuno de la plebe, Clodio, sentía hácia el Tolomeo reinante en Chipre, que tan poco inclinado estaba á pagar la mencionada suma, indujo, en el año 58, á los gobernantes romanos, so pretexto de que los chipriotas favorecían la piratería, á permitir, por acuerdo del pueblo, la conquista del principado de Chipre. Contra su voluntad, encargóse al excelente Caton la realizacion de este acto de infame política; y habiéndose suicidado el infeliz monarca, sin tratar de resistir siquiera á los romanos, pudo Caton llevar á cabo la anexion sin dificultad ninguna. Chipre quedó á las órdenes del gobernador de Cilicia y el tesoro del príncipe, que ascendía á 7,000 talentos, fué confiscado en provecho del erario romano.

Esta perfidia de los romanos y la presion financiera con que Auletes arruinaba á los habitantes del valle del Nilo para poder cumplir la promesa que había hecho, indignó de tal suerte á los egipcios y especialmente á los alejandrinos, que en el año 58 obligaron á su inútil rey á huir del país y proclamaron reina á su hija mayor Berenice, para la cual encontraron en el año 56 un marido muy conveniente en la persona del príncipe de la Comana pónica, el sumo sacerdote Arquelao. Su poder, sin embargo, fué de corta duracion; pues Auletes pidió el auxilio de los romanos, prometiéndoles nuevas y enormes sumas que se elevaban á la cantidad de 10,000 talentos. Por esta causa Gabinio, proconsul de Siria, recibió la mision de comenzar con un pretexto conveniente la guerra contra el Egipto. Apoyado su ejército por el excelente general de caballería Marco Antonio, que entonces fundó su fama militar, atravesó, en el año 55, las

estepas que se extienden entre Gaza y el Nilo. Los egipcios fueron por todas partes derrotados, pereciendo Arquelao en la última batalla, y pudiendo Auletes, con el asesinato de Berenice, inaugurar un sangriento período de terror, al cual siguieron las confiscaciones generales que llevó á cabo para poder cumplir una parte de las promesas que había hecho á los romanos. Desde entonces se estableció una guarnicion romana en Alejandria, compuesta de infantería itálica y caballería celta, y destinada á sostener á Auletes.

IX.—CRASO EN LA GUERRA DE LOS PARTOS. CARRES. MUERTE DE CRASO

Mientras de esta suerte la antigua monarquía de los Lágidas se envilecía y se ensangrentaba, se alzaba contra los romanos un enemigo en extremo peligroso, que eran los partos, olvidados desde hacia tanto tiempo. El débil rey Fraates III había sido asesinado, á fines del año 57, por sus hijos Mitrídates y Orodes: Mitrídates III declaró entonces la guerra, como nuevo soberano de los partos, al rey armenio Artavasdes, sucesor de Tigranes II, que había muerto á principios del año 56, y era vasallo de los romanos. Pero apenas se había apoderado de la Mesopotamia septentrional, estalló en el interior de su reino una revolucion palaciega, usurpando Orodes la corona parta, con auxilio de los grandes del reino, especialmente del excelente gran visir el arsácida Surena. A consecuencia de esto encendiése entre los dos hermanos una guerra civil, no quedándole pronto á Mitrídates otro recurso que refugiarse al lado del proconsul romano Gabinio, el cual, despues de haber dominado una sublevacion de los judíos, había conducido sus tropas allende el Eufrates. Favorables se presentaban entonces, al parecer, los acontecimientos á los romanos, cuando Pompeyo decidió, en el año 55, á Gabinio á llevar á cabo la mencionada expedicion á Egipto. Mitrídates renovó, con recursos propios, sus ataques contra el reino de los partos, y tuvo la suerte de apoderarse de las ciudades de Babilonia y de Seleucia; pero al poco tiempo el Surena le obligó á rendirse en esta última ciudad, y fué despues asesinado por orden de su hermano.

Gabinio, que entre tanto había terminado su intervencion en Egipto, se preparó á luchar con el rey Orodes, cuando se presentó en el Asia el anciano Craso para encargarse de la guerra contra los partos que él juzgaba de excepcional importancia militar. Craso no había terminado el año de su consulado (55): cuidándose poco de la impreccion que contra él lanzó, á su salida de Roma, el tribuno de la plebe Cayo Ateyo Capiton, enemigo político y personal suyo y de sus aliados, y animado por las mas lisonjeras esperanzas de victoria, comenzó, durante el verano del año 54, con bastante éxito, sus operaciones en Mesopotamia. Pronto, sin embargo, cometió una serie de faltas de consideracion, regresando prematuramente á Siria y dando con ello tiempo suficiente para hacer los debidos aprestos á los partos, que hasta entonces solo habían podido prepararse de un modo incompleto. Además, sus exacciones y rapiñas indignaron á los pueblos de la provincia, especialmente el saqueo del templo de Jerusalem y del riquísimo Derceto, en Hierópolis Bambyce. La falta mas grave, sin embargo, fué la cometida en el año 53, al formar el plan de la campaña principal. Considerados la naturaleza del terreno y el clima de los países centrales del Asia, y teniendo que habérselas con un enemigo, cuya fuerza consistía especialmente en la caballería, lo mas prudente era intentar por la Armenia el ataque de las primeras comarcas partas: esto no obstante, Craso decidióse por la marcha al través de la Mesopotamia; y en vez de seguir la corriente del Eufrates, en cuya cuenca se levantaban muchas ciudades griegas y semi-griegas fundadas por los

Diadocos, y cuyos habitantes, como los de la ciudad de Seleucia, simpatizaban extraordinariamente con los romanos, dejóse engañar por el traidor caudillo árabe Abgar de Edesa, verificando la expedicion por las áridas y calurosas estepas de la Mesopotamia septentrional, para llegar cuanto antes al valle del Tigris.

Craso pasó el Eufrates por Zeugma (Byradschik), con siete legiones, 4,000 jinetes y 4,000 lanceros y arqueros, y comenzó su peligrosa marcha al través de las llanuras, durante la cual se cansaron extraordinariamente sus tropas. Por último despues de haber atravesado el Balissos (Belik), encontróse con el imponente ejército de los partos conducido por el Surena. Demostróse entonces que nada podían en aquellas llanuras las legiones romanas contra la caballería parta: el pilum y la espada no hacían mella en aquellos jinetes cubiertos de hierro, y armados de coraza, collares de cuero y fuertes lanzas; y los escuadrones de tiradores que disparaban con destreza suma, así en el ataque como en la fuga, lanzas de dos metros con fuertes puntas de acero, causaron grandes bajas en las legiones. Cuando la arriesgada tentativa del valiente jóven Publio Craso, de atacar al enemigo con 6,000 hombres (lanceros, legionarios y 1,000 jinetes celtas escogidos), hubo terminado con la derrota de esta division, vióse Craso en aquella tarde en situacion parecida á la en que se encuentra el que ha perdido por completo una batalla: el grueso de su ejército había sufrido tambien pérdidas de consideracion. Craso había perdido completamente la cabeza, y gracias á su excelente cuestor Cayo Casio pudo el ejército despues de una rápida marcha durante la noche, refugiarse en Carres, ciudad situada al Norte del campo de batalla, del cual distaba seis millas. Mas como la escasez de viveres no les permitía permanecer por mucho tiempo en este punto, prosiguieron los romanos su marcha hácia las colinas armenias, en donde las tropas no debían temer á la caballería parta; y como la expedicion se verificó de noche, hora en que los iraníes no solían combatir, llegaron por último á Sinnaca, distante solo una jornada de la montaña. La astucia, sin embargo, de los partos les preparó un nuevo peligro. El Surena propuso á Craso la celebracion de un tratado; y cuando el indeciso general consintió en ello, bajo la presion que en él ejercían sus desanimadas tropas, estalló una colision, en la cual perecieron Craso y todo su séquito con una buena parte de su ejército (9 de junio del año 53). El grueso de las fuerzas de Craso estaba militarmente aniquilado: mas de 20,000 hombres perecieron, siendo hechos prisioneros 10,000, que fueron luego establecidos en el oasis de Merv, y cayendo lo mejor de las legiones en poder de los partos.

Esta espantosa derrota de los romanos desvaneció la aureola que les rodeaba á los ojos del Oriente, y hasta el tiempo del gran general Trajano quedaron sin venganza la jornada de Carres y la matanza de Sinnaca. Pero entre tanto el Surena conquistó en las comarcas orientales el renombre que conquistara en la Troade Mitrídates, antes de la aparicion de Sila. Los romanos, por de pronto, solo perdieron la soberanía de la Mesopotamia y de la Armenia, cuyo rey Artavasdes se pasó á los partos y dió su hermana en matrimonio al príncipe heredero Pacoro. En cambio, el excelente cuestor Cayo Casio, que con el resto del ejército romano derrotado pudo formar dos pequeñas legiones, acudió con tanta habilidad como valor á proteger la provincia de Siria, cuando las tropas partas á su vez pasaron el Eufrates en el año 53 y despues en el 52. Entonces el miserable rey parto Orodes se privó de su mejor elemento de fuerza mandando matar al Surena, á quien debía tanto como podía soportar la envidia estúpida de un déspota oriental. Cuando en el año 51 el

jóven príncipe Pacoro en compañía del príncipe Osaces, penetró con numerosas fuerzas en Siria, fué derrotado por Casio junto á las murallas de las fuertes ciudades de Antioquia y Antigonía, perdiendo además, junto al Orontes, una batalla, en la cual Osaces quedó mortalmente herido. El miserable Bibulo, que en el año 51 fué enviado como próconsul, en sustitución de Casio, no era ciertamente el hombre destinado á restablecer el honor de las armas romanas. Sin embargo, un conflicto que en el año 50 enemistó á Pacoro con su padre, salvó entre tanto á Siria y á los romanos de ulteriores ataques.

X.—MUERTE DE CLODIO. SUPREMACÍA DE POMPEYO EN ROMA

Era de esperar que los romanos en Italia, en especial el héroe Pompeyo, se apresurarian á aprovechar la ocasión que se les ofrecía para adquirir, por medio de gloriosos hechos en el Asia, un renombre igual al del conquistador de la Galia. Por el contrario, preparábase en aquellos críticos tiempos el movimiento político que había de precipitar al Estado romano en nuevas y decisivas guerras civiles. La repentina muerte de Julia, la bella esposa de Pompeyo, fué funesta para las buenas relaciones entre éste y César. Habiendo desaparecido de la escena política Craso, no había en Roma nadie que por su consideración personal pudiese impedir que Pompeyo llevase los asuntos de Italia de tal suerte, que llegase á adquirir en la península cierta preponderancia sobre César. Pompeyo, durante su consulado, había construido, con gran contento del pueblo, el primer teatro de piedra que hubo en Roma; y por último, cuidándose poco de los indignados republicanos que no cesaban de entablar procesos políticos contra los instrumentos dóciles de los dos magnates, sin perdonar á Gabinio, supo aprovechar, para crearse una situación dominante, la confusión que reinó durante los años 54 y 53, en los cuales (hasta julio del 53) no se verificó ninguna elección consular, á causa de la continua intranquilidad en que á la capital tenían los odios intestinos de las bandas armadas, especialmente de las de Clodio y Milon. En el año 52, solicitaron el consulado dos amigos de Pompeyo, el mas conocido de los cuales era Quinto Metelo Escipion. A esta candidatura opuso la suya propia el enérgico Milon, campeón que era de los republicanos aristocráticos en aquellas luchas que ensangrentaban las calles de Roma. Aun no habían terminado las elecciones, cuando, en 13 de enero del año 52, se trabó en la vía Appia, junto á Boville, mortal combate entre las gentes de Clodio y las de Milon, en el cual, á instigación personal de este, perdió Clodio la vida. Entonces produjose en la capital un gran levantamiento: los tumultuosos funerales de Clodio, durante los cuales se pegó fuego al edificio del Senado; el ataque de la casa de Milon; y por último, otros desórdenes, en medio de los cuales las masas pidieron á voz en grito la dictadura de Pompeyo, hicieron á éste posible conseguir del Senado el nombramiento de dictador: la patria fué declarada en peligro, y Pompeyo vióse investido de extraordinarios y plenos poderes, y nombrado cónsul único, con el derecho de asociarse un colega, si así lo estimaba necesario.

Pompeyo restableció con fuerte mano el orden, mirando siempre en pro de sus intereses particulares; exigió juramento y pleito homenaje á todos los vasallos de Italia, llevó á la capital tropas de toda confianza y publicó una serie de leyes, parte de las cuales habían de ser importantísimas en lo porvenir. Mientras se reorganizaban los tribunales jurados, se limitaba la libertad oratoria de los abogados, y se desterraba á Milon (8 de abril del año 52), publicóse una ley para castigar con rigor los abusos electorales, dándole efecto retro-

activo para todos los que se hubieran cometido desde el año 70, y se fortalecieron las disposiciones antes tomadas sobre las candidaturas para los distintos cargos del Estado. Además, se dispuso que los gobiernos de las provincias no se concederian en lo sucesivo á los cónsules y pretores despues de trascurrido el año del desempeño de su cargo en Roma, sino al cabo de cinco años de haberlo desempeñado.

Al propio tiempo, comenzó Pompeyo á entibiar sus relaciones con César; mostrándose esto mas patente cuando se excusó de emparentar nuevamente con el que hasta entonces había sido su aliado, casándose con una hija de Metelo Escipion, á quien nombró su colega en el consulado desde el mes de agosto del 52 hasta fines de este año. Mas trascendental aun fué el hecho de que, amén de otros detalles ofensivos para César, el dictador se prorogó, en el año 52, su gobierno en España, por cinco años mas, sin hacer lo propio con César. Por otra parte la nueva organización de los gobiernos podía ser utilizada para socavar, á la primera ocasión oportuna, la situación de César en las Galias. Dado el estado en que se encontraban las cosas en Roma, se dejaba comprender claramente que se preparaba un violento choque entre César y Pompeyo. Fué, sin embargo, una suerte para César, que su adversario, á pesar de su envidia contra el que hasta entonces había sido su amigo, no pensase en solicitar del Senado y del pueblo que fuese llamado de la Galia á Roma. Verdad es que á la sazón el gran Julio se encontraba en medio de una temible guerra con los pueblos de la decadente nación celta.

XI.—SUBLEVACION BELGA. SUMISION GENERAL DE LA GALIA Y DE VERCINGETORIX. CONQUISTA COMPLETA DE LA GALIA

La conquista de la Galia parecía completamente consumada á fines del año 54; pero la orgullosa nación se hallaba mas bien aletargada que abatida, y las clases hasta entonces dominantes, el clero y la nobleza, y todos aquellos elementos que sentían aversión hacia el yugo romano, meditaban un nuevo levantamiento contra César, especialmente cuando éste, en su última expedición británica, persiguió y mandó dar muerte como desertor al noble Dumnorix, el orgulloso eduo y poderoso enemigo de los romanos. Este levantamiento estalló durante el invierno del año 54 al 53, en que César había distribuido su ejército de tal manera, que una legión acampaba en la Bretaña y otra en Chartres, mientras las seis legiones restantes estaban extendidas á lo largo del territorio, formando un arco cuyo radio era de veinte millas, con lo cual se facilitaba su aprovisionamiento. Los distintos cuarteles de invierno eran los cantones de los belovacos, ambianos, morines, nervios, remes y eburones, situado este último, en el cual se encontraba Titurio Sabino con una legión y cinco cohortes, en la comarca que se llamó despues de los tongueres. César se preparaba, como de costumbre, á partir para la Alta Italia, á fin de arreglar los asuntos que durante el invierno se presentaran, viaje que afortunadamente para él, no había llevado todavía á cabo, cuando en el extremo oriental de su línea militar estalló la gran sublevación de las tribus belgas, promovida principalmente por el partido enemigo de Roma que hacia tiempo se agitaba en secreto, y cuyo jefe era el noble caudillo de los treviro Induciomaro. El levantamiento comenzó por el ataque que contra las posiciones ocupadas por Sabino dirigieron Ambiorix y Catuvolco, caudillos de la pequeña tribu de los eburones que habitaban en la cuenca central del Mosa. Habiendo aquel golpe fracasado, alucinó Ambiorix á los romanos con hipócrita benevolencia, dándoles la noticia de que toda la Bélgica se hallaba en movimiento y de que gran número de germanos se habían puesto en marcha desde el Rhin, lo cual les hizo cometer la

gran falta de abandonar su campamento para reunirse con la mas próxima división romana. En el camino, sin embargo, cayeron sobre los romanos los eburones, derrotando por completo á quince cohortes, despues de un sangriento combate trabado en las selvas y desfiladeros de aquellas montañas. Esta victoria tan importante como inesperada, conseguida sobre las temidas legiones, aumentó en gran manera la confianza de los pueblos belgas. En todas partes reinaba inusitada agitación: pronto los restos de los nervios y de los aduatucos se unieron á los eburones y, aumentadas sus huestes hasta 60,000 hombres, con contingente de los menapios, se arrojaron sobre el campamento que los romanos habían establecido en la comarca de los nervios (en los territorios de Namur ó Charleroi), mandado por el legado Quinto Ciceron, hermano del gran orador, que desde el año 54 había entrado al servicio de César, para aprovechar la semi-reconciliación de este con su hermano. Mas previsior que Sabino, Ciceron no se dejó sorprender y se sostuvo audazmente en medio de las mas difíciles circunstancias, hasta que César, al tener noticia de lo que pasaba, voló desde Amiens á su socorro con 7,000 infantes y 400 jinetes. La brillante victoria que obtuvo sobre los belgas sitiadores puso nuevamente fin á su levantamiento y evitó que se sublevaran una porción de tribus. Esto no obstante, el peligro no estaba conjurado. Los treviro, á cuyo caudillo se habían unido los remes despues de la catástrofe de Sabino, se mantuvieron por un momento tranquilos despues de la muerte de Induciomaro, acaecida en un combate de caballería trabado con las tropas de Labieno; pero se veía claramente que aquella tribu atizaba en silencio el fuego y excitaba á los germanos á que pasaran el Rhin. Asimismo en la Galia central, los senones y carnutos, que habitaban entre el Sena y el Loira, preparaban el levantamiento. César, en su consecuencia, hizo sus preparativos, ya para compensar las pérdidas que los eburones le habían causado, ya para aumentar el ejército; tomó de Italia una legión que le dejó Pompeyo y formó dos nuevas, de suerte que en la primavera del año 53 pudo contar con diez legiones. Entonces los celtas hubieron de entrar en razon: mientras Labieno con hábil estrategia vencia á los treviro, César, en persona, destruyó la fuerza de los nervios y luego las de los senones y carnutos, y obligó á los rebeldes menapios á que se sometieran despues de un ataque que contra ellos dirigió al frente de tres columnas. Hecho esto, condujo el grueso de su ejército á la comarca de los treviro para intimidar á los cates, que con ellos se habían aliado, y para atravesar el Rhin, intentando allí un ligero ataque, que terminó con la destrucción completa de los eburones, de la cual solo pudo salvarse, pasando aquel río, el príncipe Ambiorix con cuatro jinetes.

La nobleza celta, sin embargo, no por eso se desanimaba, antes al contrario se indignó por la ejecución del noble Acco, poderoso carnuto, verificada segun los preceptos del derecho de la guerra. Cuando César, movido por la creciente confusión que en Roma reinaba, dirigióse, durante el otoño del año 53 hacia la Alta Italia, los caudillos celtas, que sin duda sabían la enemistad que comenzaba á separar á César y á Pompeyo, se aventuraron á entablar nueva lucha con las legiones. Hecho el oportuno convenio, los carnutos, siguiendo sus propios deseos, iniciaron, durante el invierno del 53, al 52, el levantamiento, asesinando en un día dado á todos los romanos comerciantes de Genabum, á orillas del Loira, ciudad que, segun la opinion comun, es la actual Orleans, y segun otros la villa de Gien. La sublevación cundió como un verdadero incendio por todas partes con inusitada rapidez, encargándose de su dirección un noble de familia real del pueblo de los arvernios, el inteligente audaz y prudente Vercingetorix. Cuando este caudillo del partido

GRECIA Y ROMA

antiromano de Gergovia (la actual Clermont Ferrand, en el Puy de Dome) no pudo sostenerse en la ciudad, promovió con éxito entre los ciudadanos un levantamiento contra los romanos y contra la nobleza y, proclamado rey por los suyos, se atrajo en poco tiempo á todas las tribus que habitaban el país comprendido entre el Garona y la Normandía. Excitado que hubo á los biturigos de Bourges, envió á Lucterio al Sur, para que insurreccionara la provincia narbonense y amenazara á su capital Narbona. En la Galia central, solo los eduos, sequanos y helvecios se mantuvieron fieles á Roma. Las legiones guardaban, en tanto, el Norte de Bélgica, distribuidas del modo siguiente: dos ocupaban las fronteras de los treviro, dos el canton de los lingones, en la actual Langres, y seis la comarca de los senones, en Agedincum, la actual Sens.

César, con su habitual actividad, aseguró la antigua provincia de Galia, y en febrero del año 52, con inaudita audacia, atravesó los territorios enemigos y llegó al país de los lingones en donde reunió á todo su ejército. Vercingetorix, que, en tanto, había organizado mejor sus fuerzas, y reclutado grandes masas de caballería y de tiradores, atacó luego á una tribu aliada de los romanos, que habitaba en las fronteras de los eduos, si bien hubo pronto de desistir de su intento, pues César con ocho legiones se dirigió, procedente de Agedincum, contra Avaricum (Bourges) hermosa capital de los biturigos. Los romanos suplieron la falta de caballería en que les había dejado la desercion de los celtas, reclutando grandes masas de guerreros germanos. Por órden de César, Genabum fué reducida á cenizas, hecho lo cual, los romanos trataron de apoderarse de Avaricum; pero como el caudillo celta había destruido todos los lugares que se alzaban al rededor de la ciudad, ocupaba con su caballería las calles, y la defendía con habilidad y audacia; como además cerca de aquella fuerte posición acampaba la infantería celta, los romanos se encontraron en una posición en extremo crítica. Su perseverancia, sin embargo, logró vencer todas las dificultades, y el caudillo celta no pudo al fin defenderse por mas tiempo, debiendo entregar la infeliz ciudad á los romanos, los cuales asesinaron á mas de 40,000 hombres (primavera del 52). Entonces César se dirigió al territorio de los eduos que todavía no había sido castigado por la guerra, y al llegar á Decetia (hoy Decize, mas arriba de la desembocadura del Allier) dividió su ejército en dos cuerpos: Labieno marchó con cuatro legiones contra los senones y los carnutos, viéndose junto á las ruinas de Lutecia (Paris) en situación muy apurada; y César, con seis legiones, se arrojó sobre Gergovia, la fortificada capital de los arvernios, dentro de cuyos muros había formado un fuerte campamento su principal enemigo. Entonces se trabó una lucha poco favorable á los romanos. Habiendo fracasado un asalto que César intentó contra la ciudad y el campamento de los arvernios, los eduos, incluso el contingente que formaba en las filas romanas, abandonaron la causa de Roma, levantándose asimismo contra César los pueblos belgas, á excepcion de los remes, suesones, leucos y lingones y de las tribus germánicas del Alto Rhin.

En situación tan desesperada, dirigióse César hacia el Norte para reunirse con las tropas de Labieno, el cual entre tanto había derrotado á los senones y marchaba al encuentro de su general en jefe. Reunidos los romanos en Sens ó Troyes, emprendióse la marcha hacia Besanzon, para llegar por este camino hacia la antigua provincia. Por el camino, sin embargo, se encontró César con el grueso del ejército de Vercingetorix, que había tomado como punto de apoyo la fuerte posición de Alesia, en el canton de los mandubios, hoy Alise Sainte Reine, junto á Semur, en el departamento de la Cote d'Or, al Oeste de las fuentes del Sena, entre Dijon y Chatillon. La